



Luis Moreno Villamediana



Foto: Andrea Fernanda Mora

Jorge Ramírez Galán: En una entrevista realizada por Gabriel Payares, él le señala lo resaltante de algunos recursos vanguardistas en su escritura, y ciertamente es casi imposible no percatarse de ellos cuando se tiene el primer encuentro con sus versos. En su respuesta usted nombra varios autores que lo habían inspirado y de donde sospechaba debía provenir el secreto aún no descubierto de lo que hace. Después de 5 años, ¿tiene algún indicio? ¿Dónde ubicaría su poesía dentro de un grupo tan variopinto como el señalado en aquella ocasión? ¿Qué pueden tener en común, literariamente hablando, Ramos Sucre, Ana Enriqueta, Cadenas y Enrique Arvelo que ayude a un estudioso de la escritura de Luis Moreno Villamediana a descifrar su adscripción literaria?

Luis Moreno Villamediana: Las tradiciones literarias suelen ser heterogéneas, igual que las lecturas que uno hace de ellas. Esos autores me interesan, sin duda, pero su presencia en mi propia escritura es tal vez menos evidente. De ellos me atraen la duda y el riesgo, porque en esa descripción quiero resumir también lo que hago. En cinco años uno puede volverse más tentativo, como admitiendo que con el tiempo nuestros rasgos se vuelven tenues, informes, puramente hipotéticos. Creo que mis poemas son escurridizos, en tanto que pueden aceptar como base el error, la exploración, la experiencia inestable. A partir de esa aceptación, supongo que los nombres que terminan por formar mi canon personal, igualmente cambiante, dan una pista oblicua y no del todo clara o definitiva.

J.R.G: Me llama la atención que aquellos autores señalados son de nacionalidad venezolana, ¿no existen en el mapa literario de Luis Moreno Villamediana escritores de otras nacionalidades que hayan ejercido una influencia en su escritura? Muchos estudios se hacen sobre la influencia de autores clásicos en escritores contemporáneos, ¿con cuál o cuáles cree usted que más se relacionaría su escritura?

Luis Moreno Villamediana: Tal vez había en aquel momento un acuerdo previo que buscaba enfatizar las marcas de la literatura nacional; no lo recuerdo bien. Pero sí, me atrevo a decir que soy una especie de monstruo compuesto por miembros muy diversos: me interesan muchísimo las obras de San Juan de la Cruz (aunque no tiendo, se nota, al misticismo), de César Vallejo, de Emily Dickinson (aunque el encierro me atrae menos que a ella), de Lyn Hejinian, Wallace Stevens y Paul Celan, a veces Dante, a veces Safo (leída por Anne Carson), la misma, inevitable Anne Carson, profesora de griego. Si me viera obligado a definirme, diría que puedo fingir un clasicismo inverso, que busca preservar lo menos fijo, lo que se ancla en los márgenes, no necesariamente lo más antiguo o prestigioso.

J.R.G: Otono(sic) es su último libro publicado hasta la fecha. Después de haber corrido una buena cantidad de agua debajo del puente, ¿en qué aspectos considera que ha madurado su estilo literario? Algunos escritores cuando miran atrás hacia sus escritos, suelen hacerlo de forma inquisidora, les encuentran muchas fallas que el lector omite. ¿Cree que el quehacer literario es también un proceso evolutivo? ¿Habrá algún tema de interés que aún no haya explorado en su escritura?

Luis Moreno Villamediana: La noción de progreso me gusta sólo cuando ha quedado limpia de su linealidad y su higiene, de su fulgor político, que defiende una idea de perfección futura que deja atrás, olvidado, el desorden. Me convence más bien el avance disperso, cuyo llegadero puede ser tan confuso como la vía para alcanzarlo. La evolución en el arte no es despojo ni maestría, sino incluso la acentuación de algunas mañas y defectos. En mis primeros libros había un cierto orden estructural que ahora me parece forzado: la división dependía de núcleos temáticos. Hoy creo sobre todo en una construcción conceptual, que llega incluso a evadir la belleza y la armonía. En Otono (sic) hay instantes de ruido, textos que se interrumpen, defectos en el proceso de traducción de escritos ajenos. Ocurre entonces lo contrario: las fallas están adelante, son una admisión de madurez. Pero en los asuntos que puedan llegar a inquietarme hay todavía una apertura juvenil, la confesión de que aún no domino mi curiosidad ni puedo adivinar su desplazamiento.

J.R.G: Muchos estudiosos afirman que Venezuela es un país de cuentistas y ensayistas, parece que, salvo algunas excepciones como Gallegos o de la Parra, nuestro país no exporta novelistas. En la poesía parece haber un debate sobre su proyección internacional, Ramos Sucre es un autor bastante leído incluso en países inesperados como Alemania o Rusia, mientras el año pasado Rafael Cadenas obtuvo el Premio internacional de poesía Federico García Lorca en España. ¿Cree usted que la poesía actual venezolana tiene la fuerza de voz suficiente para terminar de dar el salto y afianzarse en las bibliotecas y pasillos literarios del extranjero?

Luis Moreno Villamediana: Yo he sido testigo de conversaciones opuestas, que definen nuestro país como un territorio de poetas. Me imagino que los involucrados en esos intercambios definen los términos de la discusión. En general, parece que la poesía viaja secretamente y sin pasaporte: hay un elemento incestuoso o justiciero que permite que un poeta sea leído por un colega extranjero, que simultáneamente ignora la tradición narrativa o ensayística del país de aquél. Recuerdo una entrevista donde Juan Liscano comentaba que en Argentina lo conocían mejor que acá. Es difícil explicar los mecanismos de esos traslados. La poesía venezolana actual tiene muchísima fuerza, pero ese respaldo intrínseco no le asegura difusión. No sé si los premios de un autor reconfiguren la lectura general de una herencia, pero prefiero suponer que esa breve exaltación va a mover a un grupo de curiosos a preguntarse por otros poetas nacionales.

J.R.G: Quienes lo conocimos por sus Postales del frente hemos notado con preocupación que no han vuelto a llegar a través de Humor vagabundo desde hace un tiempo. Esperamos que el servicio se reactive pronto. ¿Cómo fue esa experiencia en el mundo digital? En los últimos años ha tomado tal relevancia que algunos autores se dan primero a conocer desde allí antes de llegar al papel, sin embargo, no todos corren con la misma suerte. ¿Cree que los blogs siguen siendo una buena alternativa para la divulgación literaria?

Luis Moreno Villamediana: Los blogs han sido la premonición de una democracia fortuita y quizá percedera, pero muchas veces justa. Escribir esas postales y otros textos en Humor Vagabundo me trajo el azar de varias amistades e intercambios. En esos días, la escritura tenía mucho de apremiante, como si la posibilidad de la lectura inmediata fuera una modalidad benigna del trabajo forzado. Fíjate, con tu declaración descubro otro lector de esas notas. Eso pone en evidencia una insospechada conexión de intimidades que no se vincula con lo que antes sabíamos de la familiaridad. En la biblioteca ampliada y hasta torpe de la red uno iba consiguiendo gente con gustos y experiencias similares, y de allí podía surgir una amistad sin materia: todavía tengo contacto entrañable con gente a quien jamás he visto, salvo en fotografías. Ese desarrollo de la sociabilidad no es una pérdida, sino una mutación: define nuestra escritura muchas veces, le da a nuestros afectos una estructura impensada, agrega una nostalgia donde no hubo ni un apretón de manos. La escritura digital puede ser al mismo tiempo una práctica comunitaria y un ejercicio de formas y de géneros. Con frecuencia pienso en retomar mi blog, pero me he vuelto perezoso. Sin embargo, no pierdo la esperanza, porque el vagabundeo implícito en esas entradas es una forma preciosa de mi autobiografía.

J.R.G: Los grandes temas recurrentes de la literatura venezolana parecen ser la heroica, la civilización y la barbarie, algunos estudiosos aseguran que nos definen. Esta aseveración puede ser más verídica cuando revisamos la narrativa del país, pero difiero un poco en la poesía, a mi parecer no existe un gran tema en la poesía venezolana que pudiésemos señalar sin titubeos. ¿Está usted de acuerdo o piensa que sí es posible encontrar grandes temas, más allá de la heroica, la civilización y la barbarie en nuestra poesía? La identidad colectiva parece nuestra eterna búsqueda, nuestro gran metarrelato, quizás hoy con más fuerza.

Luis Moreno Villamediana: Hemos tenido tiempo de descubrir que el gran discurso heroico y civilizatorio solamente apuntaba a un deseo continuado, no a una realidad nacional ni a un destino político. Me aterran un poco los fantasmas que ese metarrelato encubre: detrás de las hazañas de la historia hay un reguero de víctimas. Elijo, al contrario, la sospecha de un país que apenas puede alcanzar una identidad mínima, hecha de elecciones culinarias, resentimientos unánimes, hitos culturales deliberados o impuestos, vagas nociones sobre la naturaleza, anécdotas, apellidos queribles, y así. Las identidades colectivas deben darle un amplio margen a la improvisación y a los agregados repentinos; si no fuera de ese manera, la nacionalidad sería un mero acto de violencia sobre los excéntricos, los recién llegados, los irreductibles. Por suerte, la poesía no ha trabajado sobre la construcción de un imaginario absoluto. Por momentos podría pensarse que ha privilegiado el paisaje o la valentía guerrera o la exploración subjetiva o el sentimentalismo, pero que yo logre hacer esa enumeración da la medida de su heterogeneidad. Con ello omite la fortaleza ilusoria del saber unitario, que enmascara su autoritarismo con la prescripción de un tema, un trazado, un modelo social o una arrolladora maquinaria afectiva. Cada ciudadano es un derroche de actitudes; cada país, un exceso de posturas y prejuicios. La poesía ha operado con esa economía barroca, que convierte la multiplicación de lo íntimo y sus conceptos en un mapa donde, por suerte, es posible extraviarse.

J.R.G: Como un apéndice de la pregunta anterior, ¿cuáles son los grandes temas de la poesía de Luis Moreno Villamediana? Como autor, ¿qué aspectos de la vida le ocupan?

Luis Moreno Villamediana: El tema es, como se desprende de mi respuesta anterior, la dispersión de temas. Mis libros han incluido lo amoroso, la observación de las cosas menudas, la evaluación cínica de mi propia persona o disfraz, el viaje y sus lecciones. La vida y esos libros, espero, son un carnaval veneciano sin Venecia.

J.R.G: De aquel joven e inexperto escritor que daba sus inicios en la poesía lleno de sueños e ideas hace algunos años, ¿qué conserva Luis Moreno Villamediana a la hora de escribir? Cada escritor tiene su propia rutina o ceremonia a la hora de escribir y suele ser invariable, ¿cuál es la suya?

Luis Moreno Villamediana: Yo retengo la miopía como diseño orgánico y como fuente cognitiva. Eso me ayuda: ver borroso te impide descubrir qué hay exactamente alrededor, por eso se le da curso a la mera fantasía y a la metida de pata. No es chiste: tengo la impresión de que los problemas oftálmicos afectan otros sentidos. Puedo escribir con ruido y acompañado de gente en movimiento. No requiero de ambientes monásticos para trabajar ni de ceremonias rigurosas. Entiendo que un rito es una identidad ratificada, y yo no me identifico conmigo ni al mirarme al espejo (¿qué es eso que mal veo?). El titubeo duradero sobre lo que uno pueda ser me ayuda a huirle a la noción de firma: un Picasso es un Picasso, un Ramos Sucre es un Ramos Sucre... Supongo que tengo tics que un lector puede reconocer como quien sabe señalar a un enano o un leproso, pero no son señales que deban continuar. Me gusta traicionarme porque así a nadie traiciono, excepto a una masa nuevamente miope y titubeante. Eso sí: cuando escribo a mano (no tan frecuentemente) lo hago con bolígrafo Bic de tinta negra. Es un afecto raro, más que una ceremonia, una metáfora que no conduce a mucho, digo yo.

J.R.G: Cuando los jóvenes escritores llenos de ideas y sueños se le acercan a pedir consejos, ¿qué suele decirles? ¿Cuáles son esas recomendaciones que le da a esos jóvenes que se están iniciando y que quisieran ser escritores reconocidos?

Luis Moreno Villamediana: Por lo general, mis consejos se circunscriben al texto particular que me dan a leer: la sintaxis, el ritmo de una línea, un desarrollo argumental, una idea mal expuesta, una imagen inepta o mejorable... Ese trabajo me convierte en corrector, no en maestro. Las lecciones generales implican una arrogancia diabólica de experiencia acumulada y pertinente, un *savoir faire* extensible. Las recetas e inventarios sobre cómo escribir aluden sobre todo a las manías de quienes los preparan, no a un irrefutable archivo de sabiduría. Equivalen a la chismografía y a la menudencia, más que a la conformación de un canon de aforismos rigurosos. Si tuviera que dar una advertencia arrasadora, diría simplemente “no me crean”. El reconocimiento, por su parte, es arbitrario, no está sujeto lógicamente a unos procedimientos. Pero es verdad que lo más convencional es lo más socorrido y exitoso.

J.R.G: Bordes tiene como uno de sus más importantes objetivos explorar las fronteras donde inevitablemente se entrecruzan las grandes disciplinas del conocimiento y el arte. ¿Cómo entiende usted esa frontera entre la poesía y disciplinas del conocimiento como la lingüística o la psicología? Teniendo en cuenta que el juego sintáctico y gramático son parte de los recursos literarios que usted aplica en su poesía.

Luis Moreno Villamediana: Las disciplinas omniscientes eran los modelos atenuados del pensamiento despótico, magias de la ciencia, de la falsa ciencia o de la semi-ciencia. Las reglas de estructuración de lo real que aplicaban debían servir como explicación suficientemente general de cada fenómeno. Hoy acatamos la complejidad (ya sabida) de la realidad, incluso su carácter espectral; por eso el collage me parece un ejercicio apto de aproximación de eso que es neto pero arenoso, persistente pero fluctuante. La literatura es el dibujo efímero de fronteras movedizas. Para ella no hay guías turísticas: un monumento puede dejar de existir en cualquier momento, de allí que una visita a su espacio tradicional pueda entrañar la contemplación de un vacío. La lingüística y la psicología, como el arte, laboran con organismos que divergen de su propio pasado, aunque la lengua y el individuo arrastren ese pasado en forma de ruinas; que se metamorfosean, como un viajante de comercio en un insecto. ¿Qué estudian, pues, sino estados momentáneos de ese Gregor Samsa o de ese escarabajo? La poesía, el cine, la antropología, la terapia junguiana, la fotografía, la música, el teatro, y más, son los sedimentos de esa morfología que se expande, se abrevia, se disuelve, renace alterada, se hace irreconocible, se paraliza por un tiempo, pega desde un ángulo que parecía muy dócil... Eso lo comprende muy bien la Fundación Bordes, y por eso celebro su entusiasta reunión de elementos.